

EL ECO DE CARTAGENA.

Sábado 25 de Setiembre de 1880.

MEJORAS LOCALES.

—o—
VI.

Antes de la cuestion de aguas y de la nomenclatura de calles y plazas, de que ofresi ocuparme en el articulo anterior, creo deber decir algo sobre el Molinete, cuya demolicion propuse se aplazara para despues de la de las murallas. No sé si en esto estará conforme Washington conmigo, ni tampoco si será partidario de mis proyectos de ampliacion; pero de todos modos caiga ahora ó caiga mañana, continuemos encerrados, ó logremos tirar la vallá, me parece que el arrasamiento de aquel montezuelo hasta el plano que se propone, más sus proyectos para el ensanche de la glorieta de San Francisco, si bien todo ello muy conveniente para el desahogo y hermosura de la poblacion, habian de tocarse dificultades casi insuperables para poder llevar á cabo la ex-propiacion de barriadas enteras como la que comprende desde la calle de San Bazar cortando linea recta por medio de las de Ignacio Garcia, de la Torre y Falsacapa, y manzanas tan importantes y de crecido valor como las que forman los costados Este y Sur de aquella plaza. Y si á estas dificultades materiales, se añaden las de local para dar albergue á los desalojados, tendremos un verdadero problema de difícil resolucion. Bueno fuera que en el área arrasada lo encontraran una buena parte de ellos: los de la glorieta, por ejemplo, y algunos otros de cierta clase; pero y los demás? Convergamos, vuelvo á repetir aquí que la demolicion del Molinete sin abatir antes las murallas no daría el resultado por todos apetecido; nada ganariamos ni en espacio ni en distancias; siempre giraríamos en el estrecho círculo en que vivimos; y para esto no merece la pena de darnos á empresas tan colosales. Lo digo con franqueza: ó campe para votar ó quedémonos en nuestra jaula de oro.

Si pudiera conseguirse el derribo de las murallas, hasta podría simplificarse mucho el plan de Washington en la forma y manera de ser, en el tiempo y en la economía. Entonces podría dejarse la rasante del Molinete á la linea de las casas que forman la estensa calle y plaza de la Aurora por el costado del Sur, desde la esquina final de la del Adarve hasta la del Paraiso, la cual tendría por el frente opuesto la espalda de las casas de la calle de San Fernando en la estribacion del mismo Molinete. La cuesta vulgarmente llamada del *Muestro francés* y la que

asciende á la calle del Paraiso, pudieran ser escalinatas de acceso, como lo serian tambien las del callejon de la Cruz y cuesta de las Doncellas; y las que tendrian que hacerse por la parte de la *Moreria* alta.

¿Y que haríamos despues de esta vasta planicie? ¿edificarla? ¿formar en ella una nueva poblacion? Si mi opinion valiera, yo la destinaria á otro objeto. La circunvalaria de dobles alamedas, la exterior con secciones intercalares para floricultura (esto es si llegamos á tener agua y esta viene de Carrascos); la adornaria de bonitos candelabros, de elegantes bancos; seria, en fin, en menores proporciones lo que el Prado de Madrid ó la Rambla de Barcelona. Pocas plazas habrá tan espacia-sas. ¿No os parece que en ella tendríamos un magnífico paseo de invierno, como fresco y delicioso en las calurosas noches del estío? ¿Donde buscar sitio más á propósito para los públicos espectáculos, y las grandes concurrencias; para los circos ambulantes; para los caballitos del *tio vivo*, para carrera de los velocipedos, sin peligro de atropellar á nadie; para las exposiciones de todo género? ¿Donde, en fin, mejor nuestra popular feria con sus alrededores de claro oscuro para la vanidad que gusta de exhibir sus galas y hermosuras, y la modestia que huye de las miradas escudriñadoras de la critica? Allí habria luz y sombras para todas las conveniencias; luz para los que gustan abrasarse en ellas; sombras para los que se encandilan; salones de etiqueta, de confianza y de familiaridad; no lo que sucede en la plaza de San Francisco donde todo es confusion y barullo, y la claridad que la inunda por todas partes aleja á muchas *mamas* refractarias al velito de encage, y no pocas *pollas* que no pueden ornar sus cuellos con ricas gargantillas, ni ceñir á sus brazos brillantes pulseras; por más que no es oro todo lo que reluce; hay quien ha lucido en el salon de la feria en este año, alhajas de las que se limpian con polvo de ladrillo, capaces de dar un chasco al más entendido joyero.

Veo me he desviado de mi rumbo; vuelvo al Molinete. Ya le tenemos convertido en estenso paseo, ornado de árboles y flores; pero aun no está aquí todo; todavia le falta algo, y ese algo es un obelisco de grande elevacion que colocaria en su centro, cuya aguja se remontara por encima de los más altos edificios, de modo que pudiera verse de todas partes.

En uno de sus cuatro frentes, por ejemplo, el que mira al Sud haria grabar la siguiente inscripcion:

Aquí estuvo el monte Croni, que despues se llamó Molinete
Medía de altura... pies.

Y en el opuesto esta otra:

Se dió principio á su demolicion en... de... del año 188....

siendo alcalde de esta ciudad
D. L....

Los otros dos frentes pudieran llevar los escudos de armas de la ciudad.

Una elegante verja cercaria el monumento.

Si no pareciere bien el proyecto, quiere decir que nada se ha perdido; mandémosle á que tome el fresco y haga compañía á los que, segun *El Diario de Avisos*, uno de estos dias deben sacarse al aire en el tejado del Ayuntamiento.

Y aquí encuentro oportunidad para decir al estimado colega que por galanos que le parezcan mis proyectos con voluntad y perseverancia se vá á todas partes.

Ha veinte años, el ideal de tajar el monte de la Concepcion y perforar la muralla para servidumbre de una nueva via, se hubiera tomado tambien por un sueño; y sin embargo ese sueño, por atrevido que parezca, ha llegado á ser una realidad.

Tres cosas decia Napoleon que se necesitaba para hacer la guerra: dinero, dinero y dinero; para llevar á cabo mis proyectos, antes que dinero; lo que más se necesita es voluntad, voluntad y voluntad.

MANUEL GONZALEZ.

(Se continuará.)

Dice *El Noticiero* de Murcia.
SIERRA DE MIRAVETE.

Nuestros lectores saben y sabe toda Murcia, toda España y toda Europa, quizá, que un hombre, cuyo nombre figura en nuestra historia contemporánea, ha descubierto una gran riqueza para el porvenir, en la inmediata Sierra de Miravete, que podemos llamar desde hoy sin temor de equivocarnos la *Sierra del oro*.

Ese hombre, el incansable y laborioso D. Antonio Galvez Arce, nacido del pueblo y consagrado al pueblo, ora como político, ora como industrial á fuerza de constancia y de trabajo; pasando quizá por loco, por fanático ó por visionario, ha recorrido todos los gabinetes de química de España y del Extranjero presentando puñados de tierra que segun él, tiene oro, y oro en abundancia, tan en abundancia, que esa misma abundancia hace dudar á muchos de la verdad.

Sin embargo, el oro existe, y existe en abundancia en un espacio de seis leguas, y así lo sanciona la ciencia y así lo han certificado los ilustrados catedráticos de Madrid, señores Saez y Utur, y así lo certifica nuestro fiel contraste D. Antonio Pelaez y así lo ha encontrado el ilustrado químico murciano D. Federico Cortina y nuestro dignísimo Sr. Dean D. Andrés Barrio, que ha ensayado

la tierra de Miravete y así lo atestiguan la multitud de personas que avidas de esperanzas y convencidas de la realidad han registrado en la Seccion de Fomento de esta capital toda la zona de Miravete y sus adyacentes con ese furor minero que se ha despertado entre los murcianos de dos meses á esta fecha.

Nosotros que conocemos la honradez y buena fé de D. Antonio Galvez Arce, tenemos gran confianza en su palabra, y su palabra honrada es la que garantiza todos los trabajos que se hacen en esa afortunada Sierra, donde existe ese precioso metal, que puede trasformar por completo nuestro modo de ser y puede convertir á Murcia en la primera capital de España, antes de diez años.

No es una especulación la que ha iniciado D. Antonio Galvez Arce; no; él todo los trabajos los hace solo; á nadie oculta el procedimiento químico, á nadie pide un céntimo; todo lo gastado hasta hoy es de su propio peculio, él no vende acciones, ni mineral hasta que lo ensaye el comprador, él, estudia el medio más económico para extraer el oro, ayudándole en esas laboriosas operaciones, ingenieros belgas, franceses, alemanes é ingleses porque en todas esas naciones donde la ciencia adelanta por instantes, se estudia y se ensaya la tierra de Miravete.

Es difícil poder emitir un juicio cierto sobre tan importante riqueza, lo único que podemos decir, es que existe y que existe en abundancia.

La ciencia es la llamada á buscar y á encontrar el medio de estrabirlas y seguramente la ciencia que parece dominarlo todo en nuestro siglo, del telégrafo y del vapor, encontrará á no dudar como ha encontrado en Almagrera y en Cartagena, el medio de explotar los tesoros ocultos en las entrañas de la tierra.

Confiemos, esperemos y no dudemos en absoluto, porque dudar en absoluto es confirmar la verdad de lo que se desconoce.

Diariamente visitan la Sierra de Miravete y el laboratorio que ha establecido en su casa el Sr. Galvez Arce, multitud de forasteros, todos ellos entusiasmados y convencidos de la verdad, todos recogen puñados de tierra para ensayarlas por sí mismos y algo habrá, cuando el señor Galvez recibe diariamente multitud de cartas haciéndole proposiciones para comprar el mineral que extrae. Téngase presente que esas cartas en su mayor parte son escritas por personas que ya han hecho ensayos y cuando esas personas hacen proposiciones, algo habrá y algo hay.

No dudemos y dejemos al tiempo que el tiempo seguramente hará resplandecer la verdad en todas sus fases. »